

ANTONIO MACHADO EN REALIDADES Y DOMINANTES

SITUACION Y PROBLEMATICA

0.1. *La autenticidad*

Aunque refugiado en máscaras, nunca se disfrazó Antonio Machado. Su «uno» es como síntesis del plural «muchos» y hasta, si se apurase, «de los demás». Hay una contante en su sensibilidad: el ser adicto a la poesía humanística, fuera de barrozales y cumbres inaccesibles. En ese sentido, es cordial su posición, pese a lo seco de su lenguaje y del juego, muy sencillo la más de las veces, de sus metáforas. Tal vez le convenga a Machado la soledad, la paisajística de par en par abierta de las horas de Castilla. Sus raíces, más que andaluzas, se sumen en terruño de Castilla la Vieja. Se rezuma angustia así, pero es su lento vivir, la odisea tranquila de sus borbollones de interioridad. El amor, la esperanza, se insertan en sus palabras, confieren unicidad a sus creaciones, le abren paso al mundo, y así expresan su secreta totalidad, su plural en «nosotros», actores y testigos, siendo, como se sabe, en la historia de fuera (nada de intra-historia unamunesca) que se encarna en «nosotros», una realización de la palabra de comunidades, la palabra en su sitio, esto es, «en su tiempo». Una poesía sitiada y acechada. En tradición de vida (el existir de pueblos más que el de ciudades) que se vuelve presencia y realidad. Porque la palabra «pueblo» no era limitación de clase social en Machado, y se desparramaba como siembra esperanzadora. Palabra de residencia terrestre, y que acarrea haces de mirada clara, serena, aceptadora. No hay rebeldía excesiva en su poesía. ¿Y qué es eso de rebelarse exageradamente? ¿No es mero relumbrar de ideas concisas y comunes, diría yo, asimismo triviales? Las máscaras se las puso y se las quitó siempre Machado. No sé si es

porque el tiempo fluía y resbalaba en su sensibilidad, como si se le escapase. En las estrofas de sus poemas no había cepo de ninguna clase. Esa es su autenticidad. Su naturalidad. Porque se sitúa en la historicidad cotidiana del tiempo, de su tiempo. Por eso es problemática y crítica la poesía machadiana. Por darse cuenta del entorno, además de su propia soledad. Por la ecuación de soledades, que trasciende en una poesía de cultura hondamente asimilada y, por ello mismo, desprovista de espejismos y de efectismo «cara a los lectores», enfrentándose con ellos y no seduciéndolos. Sin embargo, ¿puede negársele su significación oportuna, su ejemplaridad de poeta al nivel de los días y a escala humana, sobre todo en relación con España? También de ahí, precisamente, se deriva su frontera, su alcance, de ahí surgen sus límites en cuanto a proyección y propagación de sus versos. Un poeta encuadrado en su paisajística. Una poesía con memoria activa, al servicio de las verdades del hombre, de sus exigencias. ¿Cabe mayor autenticidad?

0.2. *Poeta del pueblo*

Las cosas se ponen en movimiento y la ruleta del existir va dando vueltas. ¿Dónde se para? ¿Quién acierta en el buen número de la suerte? Es lo que puede relacionarse con la poesía machadiana, con la afirmación de sus textos más conocidos. Incluso, añadiendo prosa, y sobre todo lo escrito durante la guerra de España en 1936-1939, prosa y verso con una dolencia desgarradora. Una poesía malherida, una prosa lúcida en su dolor. Parece ser que así se justifica el punto de vista que se concentra en la expresión «Antonio Machado», poeta del pueblo» que algunos críticos han utilizado. No estimo acertado tal enfoque. Quien «duda de su propia duda», y tal es el caso de Antonio Machado, no se acerca suficientemente al sentir concreto y avanzado del pueblo. Acaso la dicotomía la forje la cultura. Escuchemos lo dicho por el poeta: «Escribir para el pueblo, ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos, claro está, de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas inagotables que no acabamos nunca de conocer» (Cf. *Obras*, p. 528). Un contenido humano-moral le alecciona, es su empuje y su meta. La consiguiente, pero no con arreglo a determinada capacidad de absorción del pueblo, ni en estructura del poema ni en el «desarrollo» de su encaminamiento expresivo. Pese a la claridad, Machado no es poeta del pueblo.

Pero en lo tocante a fe y a solidaridad, lo es, o sea, poeta para el pueblo. Los lazos son insoslayables, y, sin embargo, exítese adhesión desde muy dentro, y eso frena la lectura directa y esencialmente comunicativa. Si se compara con la poesía de Miguel Hernández, se ve acto seguido la diferencia. En Valencia, en 1937, en acto público de combatientes, obreros e intelectuales, se le declaró a Miguel Hernández el «primer poeta del pueblo». Claro que se trataba de circunstancias especiales, no cabe olvidarlo. En Antonio Machado, no interviene como imán el poema, y las palabras machadianas no se cargan de electricidad como las miguelhernandianas. Con el pueblo, sí, naturalmente, ambos poetas se hallan en comunión profunda. Yo me refería más bien al lector popular, al lector del pueblo que es quien firma y refrenda tal aprobación, tal sentir, tal aceptación. Una poesía ética-estética, lo que siempre prosiguió obstinadamente Machado, es poesía de espinas, llena de dificultades. O acaso, como en determinados poemas-romances de García Lorca, es que «así, y así surgían del manantial. La prueba (¿es la prueba esencial?) es que a la gente sencilla y sin complicaciones de aldeas y pueblos les gustaba oír poesías de Miguel Hernández y de Federico García Lorca, se embelesaba incluso. Porque uno y otro, con concepciones y posibilidades muy diferentes, «oían» al latir de la naturaleza y de los hombres. En Antonio Machado hay filosofía, hay saber, hay cultura. Todo pasado por el tamiz del quehacer de la creativa poemática, desde luego, pero... ya dicho de otro modo, cantando con ritmo más seco y más serio. Poesía para con el pueblo, sí, de eso no cabe la menor duda. Le movía al poeta su íntima convicción: «Si algún día tuviérais que tomar parte en una lucha de clase, no vaciléis en poner os al lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos» («Hora de España», Valencia, 1937). Una definición, una situación, y ahí, el papel del poeta. La función popular del poeta. La complicación surge al querer establecer alianza de unión perfecta entre este papel y el poema escrito. Hay un «yo» filosófico siempre en Machado, es su Isla y su frontera. Por algo quiso que Juan de Mairena le sirviese de emisario:

*Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor
más alto que el de ser hombre.*

Aquí, las raíces más emocionadas, el hombre en su valor significativo, en lo que no puede eliminar ni borrar. En lo más auténticamente popular quiso sumirse Machado, en su caminar terco y noble

dentro de la «sentimentalidad colectiva». Poesía, pese a todos los pesares, la suya, que no es popular, sino de realidad de pueblo, para con el pueblo.

0.3. *Los enfoques*

¿Puede mencionarse lo de poeta ortodoxo y homogéneo en cuanto a ideal, y lo de heterodoxo y heterogéneo en lo relativo a vivir? Sí, por qué no, dadas las ansias y los sinsabores de la existencia machadiana. La fidelidad y la preocupación se unen a algunos puntos concretos: amor, esperar, lucidez. Casi pudiera hablarse de horizonte de profecía en la obra machadiana, desde su visión de España del siglo XIX hasta la más reciente y en llamas que le tocó vivir en sus años finales. Amplitud de las circunstancias, variedad de sentires y políticas, juego y paradoja de decires y pensares, que el poeta logró aunar dentro de su unidad, la que le entregaba una España día tras día. Como si fuese la tenaz tarea del campesino, por los mismos surcos siempre y con diferentes semillas y en la eterna incertidumbre de saber o no saber si habría buena o mala o mediana cosecha. Un barajar de naipes y en espera de la suerte aunque intervenga el oficio y la voluntad, la entrega apasionada de uno mismo, del «yo» cotidiano junto al «yo» filosófico. Y es que, al fin y a la postre, no se aparta del recorrido manriqueño, dejando que en su corazón se eche ancla con eso de que «nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir».

A Machado le atrae el juego teatral, el encubrirse y transformarse, con la desnudez del misterio más personal. Es poeta polifacético en su galería de máscaras y antifaces. Los ojos, los mismos, y la mirada, diversificada. La tensión de lo interior, en sus batallas exteriores. ¿Cómo darles escena y rigor? Se resume la heterogeneidad del ser poeta, del hombre que es poeta, en la suma de varios seres, convergentes y desembocadores en el mar de la unidad humana, tan insoslayablemente y verídica: la residencia en la tierra, como dijo Pablo Neruda. Porque es alianza y síntesis de sus múltiples encaminamientos, o sea, la complejidad y la contradicción del hombre unido tan sólo en su existir solitario. ¿Conviene sacar a relucir lo de cierto y lo de apócrifo? En Antonio Machado era mostrarse en ventanales y balcones de diferente colorido o brillo solar. Eso le permitía exponer el haz de sus multiplicidades de hombre. Cronológicamente, se fueron realizando las soledades de su galería creativa, desde Jorge Meneses, Abel Martín, Pedro de Zúñiga (aunque

sólo fue pensamiento; en una ocasión, dirigiéndose a Ernesto Giménez Caballero, para su «Gaceta Literaria», le dijo: «Entre manos tengo mi tercer poeta apócrifo: Pedro de Zúñiga, poeta actual, nacido en 1900») y Juan de Mairena, para encontrar morada permanente en su nombre de pila y dos apellidos: Antonio Machado Ruiz. Una heterogeneidad que evoca «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos», ya sean de poetas, ya sean de «profesor apócrifo», y así definía a su Juan de Mairena. Un poco poeta y un poco escéptico, añadía Machado. Se redondean las mil y mil posibilidades de pensar y de vivir y de escribir en aproximaciones complementarias de una «literatura»... que cada día «es más escrita y menos hablada», y que el poeta añora como más hablada y menos escrita, *mutatis mutandis*. Dos momentos machadianos lo atestiguan (sacados de Juan de Mairena):

 Cuando se ponga de moda el hablar claro, ¡veremos!, como dicen en Aragón. Veremos lo que pasa cuando lo distinguido, lo aristocrático y lo verdaderamente hazañoso sea hacerse comprender de todo el mundo.

 Lo importante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia. Lo demás se os dará por añadidura.

Estas consejas me obligan a pensar en Max Aub y en su «Jusep Torres Campalans», un catalán u otra cosa que se llamaba José y nunca Josep, mostrado como «figura de artificio» por su autor. ¿Quién es mayor veracidad, el personaje o el escritor? Como si quisiese defenderse en curado y para realzar su cometido literario, Marx Aub da dos citas. Helas aquí. Una, de José Ortega y Gasset: «Hay que considerar cada obra de arte como un pedazo de la vida de un hombre» (Papeles acerca de Velázquez y Goya). Y la otra, de Santiago de Alvarado: «¿Cómo puede haber verdad sin mentira? (Nuevo mundo caduco y alegría de la mocedad en los años de 1781 hasta 1792). Pensar, hablar, aconsejar. Lo hacía Antonio Machado, era su propia silueta profesoral, esto es educativa. Y es lo que asimismo me hace pensar en Rainer Maria Rilke y en sus «Cartas a un joven poeta». Pedazos de la vida, poemas como trozos de un espejo hecho añicos, el corretear de la pluma sobre superficies blancas. La creatividad, y que se vaya a literatura más hablada que escrita. Una hipótesis, un camino. No todas las hipótesis, no todos los caminos. La homogeneidad y la heterogeneidad, la ortodoxia y la heterodoxia, sin dejar de ser nunca lo que se es, pero también en incesante búsqueda del «yo» en lo plural, en los demás, o sea, en el prójimo y en el otro «yo», que es eco de

espejo de la gente, pretendiendo llegar a ser realidad y vida en los demás, ser otro, aunque persistiendo en lo que no puede dejar de atarnos a todo y a todos: nuestra radical y tajante soledad. Antonio Machado, así, más claro en su prosa que en sus poemas, pero con indudable sentir social, en desfile de sus habitantes interiores, sus escritores que presenta como meramente «apócrifos». El poeta obtiene con ellos y gracias a ese método la comunicación intensa y profunda, que es su ideal ortodoxo y homogéneo, junto a su posición ante la vida que pudiera aparecer como heterodoxa y heterogénea. Pero, ¿por qué tanta dualidad? Repitamos lo que dijo en Juan de Mairena: «Cuando estudiemos más despacio estos fenómenos de la lengua viva, nos habremos apartado bastante de la literatura; pero no mucho, como acaso penséis, de la poética.» Ya se ve: Antonio Machado sigue (y pro-sigue) con las suyas, en sus trece entremetido siempre. El hombre, el artista, en sus exigencias, en las contingencias. Sus «apócrifos» le sirvieron de portavoz, acaso se apoyó en ello, como si se refugiase en lo más hondo, para dar a conocer su continuidad sin tachaduras.

0.4. *La poética*

Sáquese de los cuadernos de Juan Mairena, como ejemplo muy representativo, la siguiente frase: «No es la lógica lo que el poema canta, sino la vida, aunque no es la vida lo que da estructura al poema, sino la lógica.» En esas estamos, con un sol de puro Mediterráneo. A Antonio Machado le interesa el bullir y la trabazón de diversidades, para búsqueda del problema de la poesía, y es que «los poemas están excesivamente lastrados de pensamiento». ¿Los suyos, los de los demás?

Siempre fue hostil Antonio Machado a la hinchazón artificial de las palabras, engarzadas en versos y estrofas, atacó lo barroco por innecesario en la comunicación abierta. Así, en «Nuevas Canciones» lo estipuló y su crítica subrayaba lo meramente gestual y alejado de la acción evidente de los hombres. Pero reconocía su intensidad interna, la acuciante acometida desde dentro. Se trata del texto poético que lleva por título «Proverbios y cantares»:

*El pensamiento barroco
pinta virtutas de fuego,
hincha y complica el decoro.
Sin embargo —oh, sin embargo—*

*hay siempre un ascua de veras
en un incendio de teatro.*

Las alusiones a una comunidad de sentimentalidad colectiva y nueva requieren otros senderos, otra metodología del construir inspirado y razonado, esa urgente trabazón de realidades. Le interesaba el dinamismo, y por intuición rechazaba toda presencia de fermentos cansados, aristocráticos y recargados, la presencia churrigueresca del lenguaje y de las imágenes. La tensión es elemento positivo, y sus apócrifos se resguardan en su serie titulada «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela» (Cancionero apócrifo). La sensibilidad, siempre al acecho. La poesía temporal, o sea, con el hombre en medio, y la vida como epicentro. Las vibraciones, acaso, ese ir y venir de las palabras en busca de sedienta libertad moral-estética. Pero, sin embargo, sin acatar normas de lo que era moda para el poeta, la irrupción nueva del poema en verso libre. Por eso, en «Nuevas Canciones», el poeta se decía y a todos pregonaba, tercamente:

*Verso libre, verso libre...
Librate, mejor, del verso
cuando te esclavice.*

¿Qué le atraía, pues? La duda le corroía, surgían bandadas de pájaros en la áspera fatalidad, y otras veces se dejaba acunar como un niño. El gesto en su escueta apariencia nunca le interesó; buscó ahondar más, y lo activo era para él objetivo. Pero, ¿con qué colorido, con qué ropaje? El aliño vestimentario de las estrofas era ritmo más que estructura. Tal vez convenga situarlo en versos muy célebres suyos:

*¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mí verso como deja el capitán su espada,
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.*

Una poesía en busca de luminosidad y hondura. Un caminar meditado, lento, muy sosegado en su tiempo, al escoger la savia y la significación de las palabras. Luminosamente, profundamente, tal como lo viera Rubén Darío al evocar el «El canto errante» al Antonio Machado de épocas juveniles. Poesía con círculos concéntricos de misteriosidad. En la soledad y en el diálogo solidarizado. La obstinación, y siempre la duda con sus escollos. Al fin y al cabo todo es cantar y contar. Así lo dijo Machado: